

Desde que se conoció la noticia de mi traslado a Málaga, muchos me habéis expresado vuestra comprensible queja, porque “aquí, en Teruel, *esporrinamos* obispos y luego se van”. Pero, por encima de todo, lo que más me habéis transmitido ha sido cariño, mucho cariño. Y en medio de esta avalancha de afecto y gratitud, confieso que me ha rondado la tentación de atribuir a mi buen hacer los frutos de estos cuatro años, de creerme como uno de esos invitados del Evangelio que buscan los primeros puestos.

La Palabra de Dios me devuelve a la humildad. Dice el libro del Eclesiástico: «Hijo, actúa con humildad en tus quehaceres, y te querrán más que al hombre generoso. Cuanto más grande seas, más debes humillarte, y así alcanzarás el favor del Señor». No se trata de forzar una falsa humildad, se trata simplemente de reconocer la verdad; porque como decía Santa Teresa, «la humildad es andar en la verdad» (VI Moradas 10, 8).

Perdón. Con sincero espíritu de humildad, renuevo mi petición de perdón por aquellas ocasiones en las que no supe estar a la altura de la llamada del Espíritu ni de vuestra generosidad. Pido perdón especialmente a quienes haya herido con mis palabras o actitudes, con mis silencios o ausencias.

Estos días, al pasear por los alrededores de Teruel, he hecho balance. Y me pesa en la conciencia haber priorizado, en demasiadas ocasiones, el trabajo de despacho por encima de la presencia en parroquias, grupos y encuentros. Me ha faltado tiempo para compartir oración, proyectos, risas, preocupaciones y esperanzas; para asomarme y comprometerme con vosotros, desde la Iglesia, en la realidad social de esta tierra, tan bonita, tan olvidada por muchos y tan necesitada de personas e instituciones que apuesten decididamente por ella. También en esto me he quedado corto y pido perdón.

Alabanza. Con este espíritu sincero de humildad, os invito a que esta Eucaristía sea, en plenitud, lo que su nombre significa: acción de gracias, alabanza al Padre. Acojamos la exhortación del autor de la carta a los Hebreos, que nos llama a reconocer la inmensa dignidad de la vida cristiana que el Señor nos ha regalado. Y demos gracias porque hemos podido seguir acogiendo, celebrando y anunciando el amor de Dios manifestado en Cristo.

Alabemos al Señor, fuente de todo bien, por lo que hemos podido construir juntos en estos cuatro años; gracias a los talentos que Él ha sembrado en cada bautizado y bautizada; gracias a tantas generaciones de creyentes que nos han precedido con el signo luminoso de la fe y la caridad; y gracias al tsunami de esperanza evangélica que ha despertado el pontificado de Francisco, junto con los primeros compases de León en la sede de Pedro.

Damos gracias por el proceso sinodal que culminó en la redacción y publicación del Plan Pastoral; por las asambleas diocesanas, donde tantas personas —especialmente de nuestros pueblos— nos hemos sentido piedras vivas de este templo espiritual que es la Diócesis de Teruel y Albarracín.

Gracias por cada esfuerzo orientado a avanzar en sinodalidad, renovar la formación de niños, jóvenes y familias en parroquias y colegios, impulsar la acción social en nuestras comunidades y acercarnos a las personas que sufren y a quienes se sienten lejos de la Iglesia. Gracias por el trabajo realizado para asegurar la viabilidad económica de nuestra Iglesia en los años venideros, y por los intentos —aún no consolidados— para fortalecer la vitalidad de las Unidades Pastorales y sus Equipos. Gracias por proyectos tan significativos como *Repara* y el Centro de Escucha Esperanza, que se ha ido definiendo en el último año.

Gracias a ti, Padre, porque nos haces dignos de servirte —y de servir al mundo— en tu presencia. Te presentamos humilde y agradecidamente nuestra labor y nuestros proyectos; por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo; todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Adelante. Y finalmente, con el mismo espíritu de humildad y con todo cariño, me permito decir que no puede paralizaros el hecho de que los últimos obispos de Teruel y Albarracín hayamos permanecido poco tiempo al frente de la Diócesis. A pesar de las dificultades que esta situación produce, hay motivos sobrados para seguir desarrollando nuestro sugerente Plan Pastoral 2023-2028. En los próximos meses, trabajad pues con ilusión en los objetivos propuestos para el curso 2025–2026 por el consejo diocesano.

Es más, esta situación puede suponer una oportunidad para que todo el Pueblo de Dios —sacerdotes, laicas y laicos, religiosas y religiosos— asumáis con mayor responsabilidad la misión que el Señor os confía; como sucede en tantas familias que, cuando falta el padre o la madre, los hijos *espolsan* excusas, se crecen, se unen y se ponen en marcha.

Resumo y termino ya: **con humildad, pido perdón, demos gracias a Dios y sigamos adelante.**